

# Guerra Fría y ajedrez: El *match* Fischer-Spassky

Cold War and Chess: the Fischer-Spassky match

**Jorge Luis Fernández\***

## Resumen

A lo largo del siglo XX, el arte de la diplomacia fue adquiriendo nuevas herramientas. Una de ellas puede ser denominada "Ludodiplomacia", que consiste en ejercer influencia por medio del deporte o de diferentes juegos. En los años de entre guerra, los movimientos fascistas comprendieron este tipo de iniciativa, organizando un mundial de fútbol en Italia (1934) y los Juegos Olímpicos en Alemania (1936). Posteriormente, una forma orgánica de este tipo de diplomacia alcanza un desarrollo más sutil en la Guerra Fría. El ajedrez, conocido como "el juego de los reyes", fue uno de los aspectos clave en la política exterior de las grandes potencias, alcanzando su auge en el *match* de 1972, entre el norteamericano Bobby Fischer y el ruso Boris Spassky.

**Palabras clave:** ajedrez, Guerra Fría, match, tensión, contexto internacional.

Recibido: 24 de mayo de 2023.

Aceptado: 31 de julio de 2023

## Abstract

Throughout the 20th century, the art of diplomacy expanded to encompass new tools. One of them, "Ludodiplomacy", consists of the use of sports or games as powerful tools of influence. During the interwar period, fascist movements employed this technique, organizing the World Cup in Italy (1934) and the Olympic Games in Germany (1936). Later, during the Cold War, this type of diplomacy developed in a subtle, organic form. Chess, known as "The Game of the Kings", was a fundamental element of the great powers' foreign policies, reaching its peak in the 1972 match between Bobby Fischer, an American, and Boris Spassky, a Russian player. This article chronicles the important Fischer-Spassky match.

**Key words:** chess, Cold War, match, strain, international context.

---

\* Jorge Luis Fernández es miembro de la Universidad de Congreso, Mendoza, Argentina; contacto: [fernandezj@ucongreso.edu.ar](mailto:fernandezj@ucongreso.edu.ar); <https://orcid.org/0009-0006-0266-8428>

## 1. Introducción

El *match* de ajedrez entre Fischer y Spassky trascendió los límites de una competencia deportiva por el título del mundo y se convirtió en un capítulo más de la Guerra Fría. Así lo proclamó en su momento la prensa internacional. En abril de 1972 el *Times* afirmó: “Fischer cree que, en cierto sentido, está luchando por el mundo libre contra la Unión Soviética, en una atmósfera similar al bloqueo de Berlín de hace veinte años”. Tres meses más tarde, el *Washington Post* añadió: “Una victoria de Fischer sería como una bofetada para la afirmación básica de la ideología soviética” (Edmonds, 2006). Otros medios de América y Europa ampliaron y multiplicaron estas ideas. Poco a poco, el enfrentamiento entre los dos ajedrecistas captó el interés de los actores políticos de las dos superpotencias, incluyendo al presidente de EEUU, Richard Nixon, y la estructura del poder de Moscú. Ambos evaluaron el impacto político de esta competencia.

El vínculo de la política con el deporte tenía ya una larga tradición. Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936, para demostrar la superioridad de la raza aria, fue un ejemplo. A lo largo de buena parte del siglo XX, el interés por los campeonatos mundiales de fútbol y las olimpiadas creció en forma paralela a los nacionalismos (Hobsbawm, 2003). El ajedrez quedó también dentro de este contexto, particularmente durante la Guerra Fría.

El concepto de Guerra Fría era entendido por ambas potencias hegemónicas como una “paz fría” (Hobsbawm, 2003). El citado autor argumentaba que en sucesos muy importantes como la invasión a Hungría en 1956 y en la de Praga en 1968 Estados Unidos no se entrometió abiertamente. Era entonces una cuestión retórica, un *statu quo* que se mantenía en forma estable dentro de los parámetros y límites definidos en la Segunda Guerra por los líderes de entonces. Desde una perspectiva de la Nueva Historia Internacional, este artículo propone analizar la ludodiplomacia como una estrategia llevada a cabo durante la guerra fría para impulsar la hegemonía cultural de los bloques en disputa. En este contexto, se reflexiona sobre la instrumentalización de los principales jugadores de ajedrez por parte tanto de los gobiernos de Estados Unidos como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en un intento de probar la superioridad de los modelos antagónicos.

El ajedrez es un deporte intelectual de enorme difusión internacional. En el seno de la URSS encontró un nicho donde desarrollarse con mejores condiciones que en el resto del mundo debido a su larga trayectoria anterior. Basta recordar que la tradición del título de Gran Maestro Internacional comenzó en el torneo celebrado en San Petersburgo (1914) y fue otorgado por el zar de Rusia Nicolás II a quienes participaron. Después de la revolución de octubre, la URSS reivindicó esta tradición y la utilizó políticamente. La postulación de la superioridad del hombre socialista a través del ajedrez está claramente mostrado en la

literatura especializada (Kotov y Yudovich, 1958; Lauterbach 1972; Sosonko, 2007). En el marco de la Guerra Fría necesariamente, aun cuando fuera un tema menor, se puso de relieve. Esto era así porque, de algún modo, es dable decir que la Guerra Fría se disputó principalmente en escenarios colaterales, o no convencionales y la mayoría de las veces alejados de las potencias centrales.

Después de la II Guerra Mundial, el mundo estaba repartido en áreas de influencia centrales y las dos superpotencias no intervenían directamente, si bien no dejaron de tener canales “no oficiales” de comunicación. En la crisis de los misiles en 1962, se escribió: “La principal preocupación de ambos bandos fue cómo evitar que se malinterpretaran gestos hostiles como preparativos bélicos reales” (Hobsbawm, 2003). Fue claramente una pantalla para negar revoluciones dentro del área de influencia de cada potencia. Los tanques rusos en Hungría y la invasión a Praga no fueron suficiente para los Estados Unidos; los misiles en Cuba no lo fueron para la URSS.

El mundo del ajedrez vivió estos hechos a su modo, tal como se reflejó en Hungría y Checoslovaquia. Durante la crisis de Hungría en 1956, acaso el mejor jugador de todos los tiempos de ese país, Lajos Portisch, confesó: “Tenía solo dieciocho años, pero muchos jóvenes estaban peleando. Es triste decir que los juegos de Capablanca fueron más interesantes para mí que la Revolución Húngara, pero así es como fue” (Geuzendam, 1985). A diferencia de él, uno de los referentes del ajedrez checo, Ludek Pachman, refiriéndose a la “Primavera de Praga”, escribió sobre el *cinismo* de la afirmación oficial: “en una aguda situación contrarrevolucionaria, funcionarios del partido y del estado de Checoslovaquia se habían dirigido a la Unión Soviética con el ruego de ayuda con fuerzas combatientes” (Pachman, 1974). Apenas dominada la situación política, Pachman sufrió una persecución encarnizada, prisión y torturas. Finalmente logró asilo político en Alemania Occidental en 1972 (Pachman, 1974). Fueron dos actitudes individuales frente a dos hechos de gravedad en plena Guerra Fría. Si las revoluciones no triunfaban por sí mismas y se mantenían un tiempo prudencial, la política era de no intervención.

Si los casos de Hungría y Checoslovaquia exhibieron el impacto de la Guerra Fría a nivel regional, hubo otros acontecimientos donde este juego alcanzó visibilidad universal. Ello ocurrió en tres *matches* por el título mundial de ajedrez, celebrados en Reikiavik 1972, Baguio 1978 y Moscú 1984. En el primero se enfrentaron referentes de cada una de las dos superpotencias: Robert Fischer (EEUU) y Boris Spassky (URSS); el segundo fue protagonizado por el soviético Anatoly Karpov y el disidente Víctor Kortschnoi y en el tercero se enfrentaron Karpov, representante de la ortodoxia soviética, y Garry Kasparov, identificado con los ideales de la perestroika. En los tres casos, la opinión pública mundial estuvo pendiente de la contienda y la escuela soviética, la más fuerte del mundo, movilizó todas sus energías para

apoyar al candidato que representaba a su sistema. La presente ponencia se enfoca en el primer *match*, que fue el más famoso, con contendientes de ambas potencias, donde el sentimiento nacional y la exposición periodística obligó a los gobiernos a comprometerse en defensa de las partes.

A comienzos de la década de 1970, la Guerra Fría se encontraba en una etapa de apogeo. Las fuerzas armadas de EEUU estaban en plena acción en Vietnam, con la presencia de más de medio millón de tropas. La Unión Soviética estrechaba vínculos con Cuba, en el patio trasero de EEUU. Las tensiones se ramificaban por América Latina, África y Asia, mientras Europa permanecía dividida por el “telón de acero”. A su vez, la carrera armamentista entre ambas superpotencias se había alcanzado capacidades destructivas sin precedentes, sobre todo a partir de submarinos atómicos con ojivas nucleares. Fue el momento de consolidación del sistema MAD (destrucción mutua asegurada, en sus siglas en inglés). En este contexto, la visión estratégica del secretario de Estado, Kissinger, impulsó al presidente de EEUU a realizar una jugada de ajedrez en el tablero mundial: en el primer semestre de 1972, el presidente Nixon visitó Pekín y Moscú, algo impensado en décadas anteriores. La diplomacia norteamericana iniciaba un nuevo camino a través de la brecha abierta entre sus dos grandes adversarios. Esto no era casualidad, Tanto Nixon como Kissinger sostenían que los equilibrios mundiales estaban cambiando y que había cinco grupos importantes en términos económicos: Estados Unidos, URSS, China, Japón y Europa Occidental (Kennedy, 1998). Es más, apenas asumió Nixon, en el *Memorandum* de Estudio de la Seguridad Nacional (4 de febrero de 1969), advirtió sobre China: “Hoy no son un poder importante, pero de aquí a veinticinco años serán decisivos” (cit. en Johnson, 1988).

En este contexto se va a disputar el denominado “Match del Siglo”. El campeón del mundo, el leningradense Boris Spassky y el retador, “la maravilla de Brooklyn”, Robert James *Bobby* Fischer. La prensa internacional proyectó las rivalidades políticas de las dos superpotencias a sus representantes en la final mundial de ajedrez, en la que cada participante exhibía sus propias tradiciones y valores. Fischer era un jugador individual, que se había abierto camino en los torneos internacionales, confiando principalmente en su intuición, su enorme capacidad de estudio y una depurada técnica. En cambio, Spassky representaba a una organización colectiva de larga tradición: la escuela soviética de ajedrez.

## **2. La escuela soviética de ajedrez y el itinerario individual de Fischer**

¿Cómo era la escuela soviética de ajedrez? Contrariamente a lo que la gente suele creer, el ajedrez no se dictaba como materia escolar obligatoria en la URSS. Había ajedrez en las escuelas, en los sindicatos y las instituciones dependientes de las fuerzas armadas. La técnica de ajedrez se enseñaba en los Clubes de Pioneros, una especie de clubes barriales,

municipales, fuera del horario escolar. Allí se permitía escoger el ajedrez entre varias opciones deportivas y artísticas; los profesores determinaban luego de un tiempo si el alumno tenía condiciones especiales para esa disciplina.

La escuela soviética se puso en marcha, caracterizándose por un afán de descubrir jóvenes talentos desde muy temprana edad, con un sistema de entrenamiento al más alto nivel, lográndose grandes avances en los métodos de enseñanza. De esta manera surgieron entrenadores de ajedrez altamente especializados como Romanovsky, Rabinóvich y Levenfish, los cuales, asesorados por especialistas en psicología y pedagogía como Vigotsky, Luria y Leontiev, idearon un sistema de enseñanza de máximo desempeño. Así, el ajedrez llegó a tener un lugar reservado en los palacios de pioneros, en los que siempre había siempre una sección de ajedrez compuesta por niños de entre 6 y 17 años (García, 2017).

Autores más modernos, como Vladimir Tukmakov (2016), sobreviviente de esa época, prefieren hablar de Organización Soviética de Ajedrez, pues los maestros no tenían estilos en común, cada uno trabajaba en forma distinta, entonces no se podía hablar de “escuela”. El Estado era que el proporcionaba las bases: pagaba un salario a los maestros destacados, disponía las viviendas donde habitaban con sus familias, financiaba los viajes, determinaba las reglas de competición y de representación, etc. Los viajes eran el principal medio de obtener divisas de los maestros; el sueldo era un mínimo, una especie de básico: 160 rublos al mes (Lauterbach, 1972); cuando salió campeón mundial, a Spassky se le incrementó el sueldo a 300 rublos por la obtención de la corona.

Las salidas al exterior estaban reguladas por un complejo sistemas de permisos y méritos, que dependía de las autoridades de turno. También requerían logros en las actuaciones, pues no solo se trataba de viajar, sino de ganar porque se representaba al pueblo de la URSS. A Mark Taimanov, por ejemplo, cuando perdió el *match* con Fischer le retiraron los permisos para viajar, para aparecer en espectáculos públicos y el salario que recibía. Una actuación regular no permitía ir a jugar torneos en el extranjero por mucho tiempo.

Había un control férreo sobre las declaraciones, opiniones y actividades de los jugadores, dentro y fuera del país. Cuando viajaban al extranjero solía ir un responsable político y se le sumaban los “agregados culturales” de las embajadas. Ellos debían fortalecer la imagen de la URSS, del ajedrez como un deporte y la superioridad intelectual del pueblo soviético. Un ejemplo es la declaración de Botvinnik en la clausura del *match* de 1954: “los éxitos de los ajedrecistas soviéticos los deben a todo nuestro pueblo, a nuestro querido partido Comunista y a nuestro querido gobierno soviético” (Varios Autores, 1954). O bien: “Las instancias oficiales favorecen y fomentan el juego del ajedrez, ya que las cualidades que se suponen ligadas a este deporte —paciencia, disciplina, capacidad intelectual y espíritu colectivo— se ajustan bien con las que propugna el sistema de valores soviéticos. La “pureza moral” y el “amor y la devoción al modelo socialista” están, por ejemplo, entre los objetivos del Club Central de

Ajedrez de Moscú, uno de los más reputados de la URSS” (Bonet, 1984). En disidencia, Shereshevsky (2018): tanto en Hungría, Alemania Oriental, Bulgaria y Yugoslavia había un sistema parecido y no produjeron ningún candidato a campeón mundial; la diferencia estaba en la técnica de análisis, no de la estructura.

Para el norteamericano Bobby Fischer la situación era distinta, pero no mejor. Sufrió enormemente las carencias en su camino al Olimpo ajedrecista. El ajedrez no era un juego con subvención estatal y dependía de los mecenas y de las gestiones de los dirigentes. Además, no todas eran rosas en el camino del joven de Brooklyn. A fines del siglo pasado, la desclasificación de los archivos correspondientes por la Ley de la Libertad de Información permitió conocer que el FBI investigaba a Bobby y en especial a su madre, Regina. Sabían que el verdadero padre no era un biofísico alemán llamado Gerhard Fischer, sino un doctor húngaro, llamado Paul Nemenyi. Regina Fischer era una activista y había estado en la URSS (de ella aprendió Bobby el cirílico básico que le permitía leer el material publicado en la URSS). Hay testimonios que al menos una vez el FBI fue al departamento donde vivían Bobby y su hermana, sus agentes hicieron preguntas a su madre que estaba bajo vigilancia desde 1942 (Brady, F. 2015). Una cosa estuvo a favor de Bobby en este lado del mundo: los mecenas no entendían de ajedrez, pero sí de éxito. Y el prodigio sabía explotar muy bien esa faceta a primera vista.

Para llegar a jugar el match por el título del mundo, Fischer debió recorrer un camino muy arduo. La Federación Internacional de Ajedrez establecía un reglamento muy exigente. Era necesario jugar el Torneo Interzonal y luego el de Candidatos. En cambio, la escuela soviética estuvo representada por cuatro jugadores y todos sus equipos de técnicos y analistas. La abrumadora superioridad de la escuela soviética sobre cualquier otra organización nacional aseguraba a la URSS la presencia de la mayor parte de los participantes en esos torneos. Ello le facilitaba el camino al éxito y le permitió retener el título mundial de ajedrez durante 24 años consecutivos.

Sin embargo, Fischer refutó todos los cálculos, y asombró al mundo con su sucesión de victorias. Tras ganar el torneo Interzonal por 3,5 puntos de diferencia, su marcha ascendente siguió en el torneo de Candidatos. Por cuartos de final (Canadá, mayo de 1971) derrotó al soviético Taimanov por 6-0. En semifinales (EEUU, julio de 1971), aplastó a Bent Larsen, 6-0. Clasificó así al *match* final de la Candidatura con el excampeón mundial soviético Tigran Petrosian (Buenos Aires, octubre de 1971). Fischer volvió a ganar por un abrumador 6 ½ a 2 ½. Como resultado, adquirió el derecho a desafiar a Spassky por el título del mundo. Pero lo excepcional de los resultados llamaron muchísimo la atención: 18 victorias, 3 tablas y una sola derrota jante tres de los mejores cinco jugadores del mundo!

### 3. El match del siglo

Entre su victoria sobre Petrosian (28 de octubre de 1971) y el inicio del *match* final en Islandia (11 de junio de 1972), los dos jugadores, Fischer y Spassky, vivieron un ciclo de tensión sin precedentes en sus vidas. Durante siete meses vieron cómo el ajedrez ganaba lugar en el escenario internacional, en los medios de prensa y en el ambiente político. Ambos fueron objeto de presiones constantes que combinaban apoyo y exigencia, respaldo y presión. El ajedrez, como juego, ganaba visibilidad mundial. Crecía el interés del público y las nuevas generaciones. Pero el costo de esa nueva popularidad debían pagarlo los jugadores que se sintieron recargados con responsabilidades desproporcionadas a sus capacidades.

En los meses previos a la gran final, Fischer cayó en una de sus crisis. Su fragilidad emocional se puso a prueba, en el marco de la creciente presión internacional y el ambiente de sobreexposición creado por la prensa y los entornos. A medida que pasaban los días, la tensión crecía y por momentos se sentía abrumado. De su círculo surgió el rumor de su posible retiro de la competencia, lo cual causó honda preocupación en las esferas oficiales.

El eventual retiro del jugador norteamericano fue percibido como una amenaza para el prestigio de la superpotencia porque ello podía significar una dolorosa y humillante derrota simbólica. Los mecanismos institucionales se movilizaron para desplegar la alfombra roja y convencer a Fischer de deponer su actitud. Este fue el objetivo que se propuso el secretario de Estado al llamar dos veces por teléfono al jugador de ajedrez. La primera vez, antes de iniciar el *match*, Henri Kissinger procuró “ayudarlo” a superar sus dudas cuando Fischer estaba indeciso de jugar : “El peor ajedrecista del mundo telefonea al mejor jugador del mundo. Estados Unidos quiere que vayas y derrotes a los rusos” (Edmonds, 2006). Si bien, esto fue un espaldarazo para ajedrecista norteamericano, también fue motivo de mayor presión.

En medio de las negociaciones con China, para reanudar relaciones después de un cuarto de siglo, y con el Pentágono, para buscar un camino de salida de Vietnam, Henri Kissinger tuvo que hacerse tiempo para intervenir personalmente en el *match* de ajedrez y hablar con Fischer. Kissinger no lo menciona en ninguno de sus libros. En una entrevista especial declaró: “Eso [telefonar a Fischer] no fue la decisión más importante que tuve que tomar aquellos días, pero pensé que ayudaría a crear una atmósfera de competición pacífica” (Edmonds, 2006).

El *match* se desarrolló en un ambiente totalmente desnaturalizado. Perdió el carácter deportivo y lúdico, para confundirse con la atmósfera turbia del mundo de los espías, las segundas intenciones y los intereses más oscuros disfrazados. El clima se intoxicó de intrigas

y tensiones totalmente extrañas al mundo de la competencia y el juego ciencia. La literatura especializada lo ha explicado con claridad:

Reikiavik fue una confrontación de la Guerra Fría, en el sentido que ilustró la tensión dentro de la distensión, y las tensiones que condujeron a la ruptura de dicha política al cabo de tres años....El aislamiento que había practicado el equipo soviético, toda la habitual suspicacia y vigilancia, su falta de experiencia en tratar con la prensa, la agresividad del equipo de Fischer, la tendencia de las autoridades occidentales y norteamericanas a tomar decisiones unilaterales sin contar con los soviéticos, la forma estereotipada de la prensa occidental de presentar al equipo soviético...Todo esto reflejaba la Guerra Fría y afectó directamente al *match*. (Edmonds et al, 2006).

Los intereses del poder y su extensión al espacio de la prensa, la diplomacia y el mundo político, lograron formar un clima enrarecido en torno al tablero de ajedrez. Con sus palabras exageradas, los medios de comunicación instalaron claramente la visión de una batalla a muerte entre dos estilos de vida, lo cual no tiene asidero real; pero, artificialmente, se construyó esta sensación en torno al *match* de Islandia.

Por fin, el 11 de julio de 1972, comenzó el *match*, pactado a 24 partidas. En el primer partido, en una posición pareja, Bobby captura un peón envenenado. En todo el mundo se dieron cuenta del peligro: ¿un maestro de la talla de Fischer no anticipó cuatro jugadas? Spassky, sorprendido, capitalizó la inesperada ventaja y ganó la partida en la reanudación del día siguiente. Visiblemente afectado, Fischer encontró una excusa en las cámaras de televisión. Enojado con él mismo, afloraron los viejos temores cuando sufría una derrota, y bajo una presión enorme no se presentó a jugar la segunda, protestando por el ruido.

Los organizadores se movilizaron para lograr la reanudación en un clima de tensión creciente. Ellos sabían que se jugaba el prestigio mundial del ajedrez. Por su parte, los analistas, asesores y allegados, al igual que los periodistas, seguían atentos a cada detalle. Mil teorías conspirativas se elucubraron a la sombra de este entredicho. Kissinger, avisado que todo se desmorona, vuelve a llamar a Bobby: “Eres nuestro hombre contra los rojos” (Edmonds, 2006), y logra evitar que se escape de Islandia. El jugador norteamericano depuso su actitud, pero con condiciones. Fischer no quería jugar en el salón principal, sino en un cuarto detrás del escenario. El árbitro alemán, Schmidt, hace un esfuerzo para convencer a Spassky. Y aquí comienza el otro drama.

Spassky sufrió dos situaciones críticas en 1958 y 1961 al no poder clasificar a los torneos interzonales (de donde salen los candidatos al título mundial), estando puntero en ambas ocasiones, en donde jugó siempre a ganar en lugar de regular las fuerzas y la tensión del esfuerzo le hizo perder una partida tras otra. Estos fracasos lo sumieron en una depresión profunda. De esa situación lo rescató el que fuera su mejor entrenador: Igor Bondarevsky y



lo llevó a ganar la corona mundial en 1969. Pero el entrenador no estaba con él desde enero de 1972 tras varias diferencias. Una década después, Spassky se encuentra en la misma situación.

Fischer quiere salir de escenario principal, el árbitro alemán lo presiona para que acepte y Spassky duda. Las autoridades políticas rusas le ordenan que no ceda, porque seguramente Fischer abandonará el *match* y él retendrá la corona; pero Boris quería ganarle a Fischer en el tablero (de hecho, a ese momento el *score* personal entre ambos era de 5 victorias y 2 tablas a su favor); estaba convencido de que podía hacerlo. En la lucha interna, presionado, acepta jugar sabiendo que puede ser su condena, como ya le había pasado.

Finalmente, el *match* se reanuda, pues Spassky aceptó las exigencias de Fischer. Pero la dimensión política vuelve a hacerse sentir. El jugador soviético ha desacatado una orden "superior" y ello le genera ansiedad. Y, nervioso olvida los análisis de sus ayudantes. Juega débil y pierde la tercera partida. Se da cuenta de que se equivocó, una vez más, recordando los fantasmas de las frustraciones del 58 y el 61. Fischer revive, puede haber quebrado al campeón. Finalmente, el *match* continuó, para el alivio de los organizadores, la expectativa de las superpotencias y el entusiasmo de la prensa, que tendría así un espacio para desplegar sus recargadas lecturas ideológicas.

Dos días después, ya en el escenario principal, Boris no puede imponer una ventaja interesante en la cuarta partida y se desmorona. En las siguientes seis partidas logra solamente dos empates y pierde cuatro. Con una ventaja de tres puntos el encuentro está decidido, basta con mantener esa diferencia. Bobby lo sabe porque leyó el libro de Botvinnik, el Patriarca del ajedrez soviético, sobre su encuentro con Smyslov en 1954. Ironías del destino.

En la ronda nº10, el *match* estaba 6½ a 3½ a favor de Fischer. Spassky se recuperó transitoriamente en la siguiente, y ganó. Pero esa sería su última victoria. A partir de allí, Fischer volvió a controlar la situación; ganó la partida 13 y luego ocho tablas seguidas. En la partida 21, sorprendido por la defensa de Bobby, Spassky queda inferior; se da cuenta de que el final se acerca y hace un sacrificio desesperado. Pierde. Debe haber sentido un gran alivio. Bobby consiguió los 12½ puntos necesarios para ganar el *match*. Se consagró campeón cuando todavía faltaban tres partidas. Ante el estupor de la escuela soviética, Fischer se convirtió en campeón mundial de ajedrez. Y EEUU obtenía este título por primera vez desde 1886.

La prensa occidental saludó este resultado como una victoria simbólica en la Guerra Fría. Los medios de comunicación de carácter conservador se solazaron con el triunfo de Fischer, y lo proyectaron al juego geopolítico de las superpotencias. Muchos lo interpretaron como un

síntoma de la vulnerabilidad del régimen soviético y un preludio de su futura caída. Otros fueron más moderados y pusieron énfasis en el talento personal de Fischer. Los medios prooccidentales tendieron entonces a glorificar la supremacía de los sistemas liberales como los contextos más adecuados para facilitar el afloramiento y la realización del talento individual, superando el colectivismo del socialismo real. La presencia del ajedrez en las primeras planas de los diarios generó un renovado interés por el juego ciencia en Europa y América. Se activó la demanda por juegos de ajedrez, libros y torneos.

El mundo soviético soportó con paciencia estos embates. Sufrió el desprestigio, pero redobló esfuerzos para recuperar el terreno perdido. La escuela soviética de ajedrez se preparó para lanzar a su nuevo talento, Anatoly Karpov, la nueva generación de relevo que estaría llamada a reivindicar el prestigio de la tradición rusa de ajedrez. Esta actividad adquirió una energía renovada en los países de la órbita socialista, incluyendo la isla de Cuba, tradicional potencia ajedrecística de América Latina.

Bobby Fischer vivió su cuarto de hora de gloria. Fue aclamado como un héroe en su país por haber logrado una victoria de gran valor simbólico sobre la superpotencia rival. Fue adulado, halagado y exaltado hasta niveles difíciles de medir. Como los grandes deportistas de las distintas disciplinas, Fischer vivió las mieles del éxito; su experiencia pudo resultar, en las formas, parecidas a un campeón mundial de Fórmula 1 o de una copa del mundo FIFA. Pero no fue así.

En el marco de la Guerra Fría, el match final de ajedrez adquirió un significado muy diferente. No fue una competencia deportiva; ni una reivindicación nacionalista, como puede suceder en las olimpiadas. Fue mucho más allá, debido al marco de la Guerra Fría, lo cual proyectaba la rivalidad de los países representados, en un escenario muy superior a las fuerzas ordinarias. Y ello terminó de vulnerar el equilibrio mental de Fischer. En efecto, el jugador norteamericano no pudo asimilar el significado de su victoria en Reikiavik. Su equilibrio emocional se rompió definitivamente después de esta experiencia. Ya no tuvo margen para administrar el ajedrez como un juego. La sobreexposición del *match*, debido a las connotaciones que le impuso el marco de la Guerra Fría, tuvo su primera víctima con la salud mental de Fischer. Perdió la capacidad de vincularse con el tablero de ajedrez como un juego, un entretenimiento y un placer mental. Las piezas se transformaron en máquinas de guerra y de muerte, dentro de su cerebro. El ajedrez se desnaturalizó, al caer en el juego del poder.

Estos problemas se hicieron evidentes en 1975, cuando Fischer debía defender su título ante Anatoly Karpov, el nuevo crédito de la escuela soviética. Karpov realizó el mismo y sacrificado itinerario que había hecho antes Fischer para alcanzar esa oportunidad. Filipinas comprometió un premio extraordinario: 5 millones de dólares para ese *match*. Para defender

el título, Fischer solicitó 132 peticiones; le concedieron 131. El norteamericano no se presentó. Su equilibrio mental había desaparecido para siempre. Fue la primera víctima de la Guerra Fría simbólica, jugada en el tablero de ajedrez.

#### 4. Conclusiones

Como hemos visto, la Guerra Fría incidió más en el *match* que este en la política internacional. En vez de servir para confraternizar y establecer lazos entre los pueblos, el deporte se convirtió en la arena donde se disputaba el prestigio de las superpotencias, sus valores y estilos de vida. La política de contención propiciada por George Kennan: “de contrarrestar a los rusos con una fuerza inalterable allí donde muestren indicios de querer invadir los intereses de un mundo pacífico y estable” (Reynolds, 2008), transformó la Guerra Fría en una gran partida de ajedrez donde lo más importante no se ve, ocurre en la mente de los jugadores, tal como sucede en la música, en el arte, porque en esencia es su forma.

El *match* entre Fischer y Spassky demostró que la Guerra Fría tendía a convertir a las personas en piezas. Es decir, el Fischer que movía caballos y alfiles en el tablero de ajedrez, era, a su vez, un alfil en el tablero de la Guerra Fría. Uno más, entre muchos otros actores dedicados a las más diversas actividades: periodistas, artistas, soldados, académicos, etc. En el marco de las rivalidades entre las dos superpotencias, la persona se convierte en pieza en manos de otro. Pierde la calidad de sujeto, para convertirse en objeto. Desde el punto de vista de la ética propuesta por Kant, lo que ocurrió fue la cosificación de las personas, lo cual implica una degradación de su naturaleza.

La Guerra Fría sirvió al ajedrez para incrementar su visibilidad y popularidad. En los años posteriores al *match*, millones de personas se volcaron con entusiasmo a practicar este juego; se vendieron más tableros, relojes y libros de ajedrez que nunca. Los clubes y torneos tuvieron más demanda que nunca. Pero el precio de esa popularidad fue el costo emocional que debieron pagar los jugadores de ajedrez de la élite, que fueron instrumentalizados por el poder para alcanzar fines ajenos a sus voluntades y entendimientos. Fueron literalmente utilizados para servir intereses de terceros, en un juego de luchas ideológicas, políticas, económicas y militares.

#### Bibliografía

Archivo Historia. [Match of the Century, Fisher vs. Spassky](#).

Autores Varios. 1954. *El match Botvinnik-Smyslow*. Buenos Aires: IRCAU.

Bonet, P. 1984. [“El ajedrez soviético, una cuestión de ‘pureza moral’](#)”. Madrid: El País.

- Brady, F. 2015. *Endgame*. España: TEELL Editorial.
- Edmonds, D. y Eidinov, J. 2006. *Bobby Fischer se fue a la guerra*. México: DEBATE.
- García, A. 2017. "[La revolución de Octubre y el ajedrez](#)" en *100 revolución. Asociación de amistad hispano-soviética*.
- Geuzendam, D. 1994. *Searching Bobby Fischer*. Netherlands: Interchess BV.
- Hastings, M. 2019. *La guerra de Vietnam*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. 2003. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Life Magazine*, 1971. Vol. 71, No. 20.
- Johnson, P. 1988. *Tiempos Modernos*. Argentina: Vergara Editor.
- Kennedy, P. 1998. *Auge y caída de las grandes potencias*. España: Plaza y Janés.
- Kotov, A. y Yudovich, M. 1958. *Maestros del Ajedrez Ruso*. Buenos Aires: Editorial Sopena.
- Lauterbach, W. 1972. *El match del Siglo*. España: Martínez Roca.
- Pachman, L. 1974. *Ajedrez y Comunismo*. Barcelona: Martínez Roca.
- Reynolds, D. 2008. *Cumbres/seis reuniones que forjaron el siglo XX*. España. Ariel.
- Shereshevsky, M. 2018. *El método Shereshevsky para progresar en ajedrez*. Asturias: Editorial Chessy.
- Sosonko, G. 2008. *Siluetas del ajedrez ruso*. España: DANCADREZ.
- Tukmakov, V. 2016. *La clave de la victoria*. España: TEEL Editorial.